



MASAJE CON FINAL FELIZ

Pelópidas y yo, Ateneo, hemos ido a visitar a una masajista que se anuncia: “Doy masaje a diez Euros con final feliz”. Más contentos que un ocho, y frotándonos la cosa con las dos manos por entre los

bolsillos bajos del pantalón, hemos subido a un piso del Barrio de las Fuentecillas, en Burgos capital. Hemos tocado el timbre de la puerta de entrada y nos la han abierto sin decir nada.

Es en el primer piso Izquierda D. Ahí están esperándonos una morena y una blanca, a puerta abierta.

-Tú, por mí, vienes conmigo, que soy Lacedemonia. Y tú, a mi amigo, vas con Mora.

En distintas habitaciones nos han hecho entrar. Ahora, hablo de mi experiencia que, luego, por lo que me dijo mi amigo, trabajan el masajismo feliz, o sea las pajas con masaje, de igual modo.

En su territorio, una vez medio desnudo, yo, con sólo el calzoncillo, y ella, con braga y sujetador, me empuja hacia una cama que estaba a medio hacer.

-Échate ahí boca abajo, me ordenó.

Así lo hice, abriéndome ella las nalgas, comenzando a masajearlas con una crema como de Nivea, aunque más mala, así como mis piernas por detrás. Ella me dijo que tenía veintisiete años y que este masaje duraría quince minutos; y, antes de que yo le preguntara, adivinando ella lo que iba a preguntarle, me dijo:

-Veo que ya la tienes tiesa, pues está en sentido de la inclinación natural del pelo. Tienes polla de tonto y gordinflón, y si quieres que te la chupe, esto te costará veinte euros más.

-No, le contesté, no. No traigo más que diez euros; aunque si te apetece, te la dejo: ¡toda tuya ;

Ella no puso buena cara y yo, sin querer queriendo, me eche a reír hasta que ella me hizo callar hablándome seriamente:

-Tu polla es larga como pelo de huevo. Dando golpes a mis pelotas, cambiando de una a otra como lanzándolas, recibéndolas y despidiéndolas de diversas maneras, como pelotari vascongado. Ella llegó a la flor de la capuchina, el Ojete, hueco y relleno de viento, y cogiendo un frasquito de cristal sin etiqueta, que por el olor era alcohol de romero, me frotó, primero las pelotas y, después, el Ojete.

-Machote, me dijo, mientras me frotaba el interior del ojete con este alcohol de romero que a mí me excitaba enormemente, tienes el pelo de

la dehesa y, en cuanto del lobo salga un pedo, se habrá cumplido el plazo, así que date la vuelta para que te la frote hasta que te corras.

Me lució la polla, prosperó en demasía, y poniéndola sujeta de posición mediana, de punta, asida entre sus dos manos, empezó a arrojar esperma en tropel, tirando más bien a la baja que al alta, sonando en este instante las y media de un reloj carillón de pared.

Quedé contento en la labor de su trabajo; me quitó el pellejo y, al darle los diez euros, le pregunté:

-¿Cuánto me costaría montarte, un día, a pelo; pues me gustaría ver y sentir tu pelleja, morral que puede ser peneable, que puede recibir pene o ser peneado?

Ella me contestó:

-Cobramos sesenta euros media hora. Ah tú, y que me ha gustado mucho jugar a las pelotas contigo, pues las tienes como el caballo de Esparteros. ¡Hasta la próxima ;

Al salir, arrastré con los pies el cobertor de cama hecho de pellejos finos y adobados.

-Daniel de Culla

#